

## **Educación, productividad y empleo: el futuro**

**ANTONIO ALONSO C.**

La diversidad es, dicen, mecanismo indispensable para sobrevivir, en particular en tiempos cuando el ambiente cambia con rapidez, y los nuestros son y muy probablemente seguirán siendo de esos tiempos. Sin duda tener una visión única del mundo es más pobre, menos divertido y, lo que horroriza más hoy, quizá incluso menos productivo que ver el mundo desde diferentes ángulos, con diferentes paradigmas. La reflexión sin dialéctica, sin dudas, sin intentar precisar y confrontar ideas divergentes, es ejercicio vacío o, pero aun, puede ser aplauso autocomplaciente. Por ello me inclino a pensar que en toda sopa conviene que haya al menos una mosca y en todo arroz al menos un frijol negro. Así sea, pues,... creo. Se suele pedir, por otra parte, a quienes se exponen en un coloquio como éste, no sólo que tengan ideas, sino que además las presenten de manera ordenada y redonda. En mi caso, como pedirle peras al olmo, conformémonos con un popurrí. Así sea, pues. En lo que sigue exagero (en imágenes, que no en las cifras, y caricaturizo), por aquello de que quien no exagera no tiene nada que decir. Sobresimplifico, sin duda, pero quien esté libre de esa culpa que tire la primera piedra.

El futuro, el planetario, probablemente estará caracterizado por tres rasgos generales, que irán cobrando cada vez mayor importancia: el cambio, la interrelación y la complejidad. Unas cuantas palabras sobre cada uno de ellos.

Si hasta ahora la humanidad estuvo acostumbrada a transitar de un largo periodo de estabilidad aparente a otro a través de un periodo de turbulencia relativamente corto, de ahora en adelante quizá haríamos bien en hacernos a la idea de que nos moveremos de un largo periodo de cambio y turbulencia a otro a través de periodos cada vez más cortos de estabilidad. Hoy nuestra falta de costumbre nos empuja a querer estabilizar el mundo, gastando a menudo inútilmente enorme energía en ello, en lugar de aprender a administrar el cambio, a navegar sobre las turbulencias y sacar provecho permanente de ello. Y así es, a pesar de que a grandes saltos, en periodos cortos de grandes cambios, es como el hombre ha escalado peldaños en su espiral de aparente progreso.

Hoy, como nunca antes, crecen y proliferan los vínculos y relaciones entre un creciente número de componentes de todos los sistemas. Los distintos ámbitos del quehacer humano se fusionan unos con otros cada vez más. Las claras relaciones entre hechos que ocurren en geografías distantes (los efectos tequila, dragón o samba son ejemplo de ello), entre sectores económicos, entre la economía y la ecología y la política, etcétera, nos sorprenden por la frecuencia con que las detectamos y la fortaleza con que se manifiestan. No es casual que desde hace algunas décadas hayan empezado a ser insuficientes los profesionales unidisciplinarios y hayan empezado a proliferar los combinados: los fisicoquímicos, los bioquímicos, los bioingenieros, la optoelectrónica y hasta la ingeniería financiera o la ingeniería social. No siendo ello suficiente, insistimos en

la necesidad de aprehender nuestra realidad a través de grupos multi o transdisciplinarios.

Y habiendo crecido el número de componentes del sistema mundo y el número de relaciones entre ellos, nuestro universo inmediato (y el que no lo es tanto) se nos ha hecho cada vez más complejo, al grado de que nuestras teorías y modelos para explicarlo son cada vez más cortos como herramientas útiles. Hoy hay voces que proponen la necesidad de crear una ciencia de lo complejo y quienes los corrigen asegurando que la complejidad es tan compleja y tan variada que una ciencia tal no basta, y que más bien las requerimos en plural.

Educación, productividad y empleo y los vínculos entre ellos no escapan de esta realidad. Si lo primero que podemos decir es que los tres están relacionados y se condicionan entre sí, también podemos afirmar que la naturaleza de cada uno y lo que entendemos por ellos está y seguirá cambiando, que sus relaciones serán crecientes, y no sólo entre ellos sino con una multitud de otros asuntos, y que la complejidad de cada uno y del conjunto de los tres también será mayor.

Crecientes cambios, interrelaciones y complejidad vienen acompañados de sus parejas naturales: inestabilidad, incertidumbre e incapacidad de comprensión y de control. Las etiquetas empleadas para bautizar algunos campos de mayor actividad en las matemáticas en décadas recientes capturan el clima de manera muy apropiada: la teoría de catástrofes, en los sesenta y setenta, y, más recientemente, las teorías del caos. La realidad social resistió bien durante varios siglos el embate de nuestros modelos cartesianos, mecanicistas, físicos, para explicarla. Declarándonos vencidos con este enfoque, hoy buscamos símiles y modelos de explicación en otras canastas del conocimiento, en particular los biológicos.

Este es el contexto en que creo es inevitable mirar la educación, la productividad y el empleo y sus posibles futuros en México. Inevitable me parece también advertir que de lo único que tengo certeza es que su futuro será diferente de todo lo que nosotros imaginemos.

En el País de las Maravillas, ese monumento a la lógica de Lewis Carroll, Alicia dialoga con el gato. "No sé qué camino tomar", le dice. El gato le responde: "Eso depende de a dónde vas". Y Alicia se queja: "¡Es que no sé a dónde voy!". A lo que el gato, algo enfadado, responde "¡Entonces no importa qué camino decidas tomar!" ¿Hacia dónde va México? En la euforia democrática que vivimos, con frecuencia pienso que lo que hoy importa no es tanto el rumbo sino quién dirige el barco.

Hasta no hace mucho (quiero decir, posiblemente, según algunos, hasta hace unos segundos) el saber más importante en México era el "saber quién". Lo importante para tener éxito era conocer a, ser amigo de, ser compadre de, estar en la foto con, haber sido compañero de banca de escuela, etcétera, de aquellos personajes clave. Lo que se sabía o se podía hacer era menos importante que

saber quién. En años recientes los nuevos aires (hasta la cultura cambia) empezaron a poner el énfasis en el "saber como"; así, el discurso empezó a acen-  
tuar la eficiencia, la productividad, la competitividad. ¡Finalmente!, dirán algunos,  
signo de modernización y de avance nacional. No me opongo. Lo que me parece  
muy peligroso es la transición entre estos dos saberes sin habernos parado antes  
a desarrollar otros: el "saber para qué", el "saber por qué" o el "saber qué". ¿Hacia  
dónde va México?

Hoy nos reúne una reflexión de carácter instrumental. Educación, productividad y  
empleo, son las tres, en mi opinión, herramientas, instrumentos, y no el fin último.  
El fin, el objetivo último, no se me ocurre que pueda ser otro que no sea la  
felicidad de los hombres. Reflexionando a contrapelo, si bien en nuestra cultura el  
bienestar material es componente importante, hasta indispensable, de la felicidad,  
me niego a aceptar que sea el único componente o aquel al que debe supeditarse  
todo lo demás. El idealismo y el romanticismo pueden estar en proceso de  
extinción, pero ni la globalización ni el fin de las ideologías han conseguido exter-  
minarlos del todo, todavía. Esta sustitución del fin por los medios es frecuente en  
el mundo de hoy, más preocupado por el cómo que por el por qué. Nos interesa  
más el tamaño de la carga financiera que los servicios de salud representan, que  
la salud de los atendidos. Prestamos más atención a la tasa de cambio, a la tasa  
de interés o al índice de la bolsa, que a la capacitación, a la tecnología o a la  
calidad.

Con toda la modestia del caso, y haciendo gala de ese recurso renovable que  
poseo en abundancia, mi ignorancia, confieso públicamente que no entiendo  
cabalmente a qué debemos referirnos al hablar de productividad. Si de hacer o  
producir más con menos (tiempo o recursos) se trata, cabría separar al menos la  
productividad de los distintos factores de la producción. Un cambio en la  
composición de los factores, por ejemplo la sustitución de la mano de obra por  
maquinaria, puede hacer más productivos a los empleados que conserven su  
empleo en el proceso, pero menos productivo al capital. Y como con frecuencia  
medimos lo producido no en volumen sino en valor, y éste depende de otros  
elementos, como los precios relativos de las cosas, no sé si lo que medimos es lo  
que nos interesa medir. En todo caso, cabría aceptar que dada una dotación fija  
de recursos se es más productivo cuando con ella se generan más satisfactores,  
bienes o riqueza. Aun así, la carrera por una mayor productividad (o mayor  
eficiencia), abrazada universalmente,

plantea problemas importantes e interrogantes sobre sus límites futuros. Dado  
que existen límites tecnológicos para la producción (por ejemplo, la cantidad de  
energía requerida para la producción de acero tiene un límite mínimo por debajo  
del cual ésta no es posible), la productividad no puede crecer indefinidamente,  
salvo si los insumos (materiales, capital, mano de obra, etcétera) tuviesen costo  
nulo o los precios de lo producido pudiesen ser infinitos, y ninguna de estas opcio-  
nes es practicable. Pero ¿cuál es el límite último de la productividad? ¿Qué tan  
lejos estamos de él? En el muy largo plazo la segunda ley de la termodinámica, si  
ésta siguiese vigente entonces, pondría un límite a nuestras aspiraciones de

productividad creciente e infinita. En general hoy, y no veo por qué ello podría cambiar en el futuro, a mayor productividad mayor intensidad de consumo energético y por ende mayor generación de residuos contaminantes. En esas condiciones ¿sería factible que todos los países fuesen tan productivos como el que más, sin que ello causase un desastre ecológico de enorme magnitud y consecuencias?

Curiosamente entre los factores a los que se acude con más frecuencia para fortalecer la idea de que nuestro país deberá ser y será más productivo en el futuro está la apertura de la economía nacional, dentro del proceso de "globalización" inescapable que vive el mundo. Como de reflexionar se trata, considero oportuno, aunque quizá impertinente e irreverente, aclarar que cada quien interpreta el término "globalización" como mejor acomoda a sus intereses y que tengo dudas sobre cómo interpretarlo y si debo o no aceptarlo como una realidad. Primero cabría aclarar si lo que vivimos es un proceso de globalización o de regionalización. Las implicaciones futuras de que sea lo uno o lo otro para México podrían ser muy distintas y las mejores estrategias a seguir en cada caso diferentes. Es cierto que hoy se ha incrementado notablemente el tráfico de capitales, en volumen y velocidad, y que para dichos tráficos casi no existen fronteras nacionales (y en algunos casos, no digo cuales, ni siquiera pagan impuestos los muy golondrinos); pero también es cierto que siguen siendo los capitales de unos cuantos. Se han globalizado sus flujos, pero no sus propietarios. Es cierto que hoy el comercio mundial es mucho mayor que nunca antes en el pasado; pero también es cierto que cuatro quintas partes de él siguen correspondiendo a una docena de países mientras que los alrededor de 160 países restantes le damos vuelta a todas nuestras vestiduras para poder pelear por una fracción del 20% que queda. Es cierto que hoy el mundo está mucho mejor comunicado que nunca antes y que aquello de la "aldea global" parece realidad; pero también es cierto que el control sobre los medios de comunicación, y en particular sobre el contenido de lo comunicado, está cada vez más concentrado en unos cuantos países, tanto que el Club de Roma se muestra alarmado al respecto en su último informe. Es cierto que las empresas transnacionales operan a nivel mundo y que se están conformando mercados comunes, pero al mismo tiempo el número de países soberanos ha crecido sostenidamente desde la segunda guerra mundial. De hecho, el Estado nacional está hoy sometido a dos grandes fuerzas de sentido opuesto: una que, por resultar demasiado pequeño como unidad económica rentable, lo empuja a integrarse con otros Estados en configuraciones supranacionales; otra que, por irse alejando de su papel como mediador de los intereses que compiten en su interior y resultar demasiado grande como para responder a las necesidades de las comunidades locales que lo conforman, lo empuja a una fragmentación regional, a un desgajamiento. Aunque la etiqueta de la globalización es atractiva y la receta parece sencilla, me parece que no hemos reflexionado lo suficiente sobre su significado e implicaciones. En todo caso, más allá de si la globalización es ya un hecho y llegó para quedarse, y si lo es para todos los mexicanos o sólo para los menos de nosotros, lo que es indiscutible es que nuestros formadores de opinión la han adoptado y en los próximos años habremos de vivir bajo su influencia. Y

reconozco que con frecuencia es más importante lo que creemos que la realidad es, que lo que ésta realmente es.

Aceptado lo anterior, no tengo duda de que en los próximos treinta años México será cada vez más productivo, o mejor, que será capaz de generar más riquezas per cápita. Pero todo con sobriedad y en su dimensión apropiada. Si el PIB de México creciese sostenidamente durante los próximos 25 años con una tasa anual de 6%, y si se redujese su tasa de crecimiento demográfico conforme parecen indicarlo las tendencias históricas, dentro de cinco lustros el PIB per cápita nacional podría multiplicar el actual por 2.7. A grosso modo, luego de un gran esfuerzo llegaríamos a la cuarta parte del FPB per cápita actual de los países económicamente más ricos, o al actual de países de desarrollo intermedio como España o Corea. Crecer al 6% anual sostenido, hazaña que a los jóvenes les parece quimera y que a los menos jóvenes nos recuerda tiempos pasados, podría ser así insuficiente para nuestras aspiraciones.

En el futuro, para no incrementar el número de desempleados, México deberá crear entre 800 mil y un millón de nuevos empleos y más vale que éstos sean productivos. Crear dichos empleos requerirá de inversiones. Si se tratase de empleos de relativamente baja intensidad de capital, probablemente las inversiones que se requerirían tan sólo para este propósito representarían del orden del 3% del producto interno bruto. Ello tendría el inconveniente de que tendrían que ser empleos en actividades de bajo valor agregado, esto es, menos rentable. Si aspiramos a algo mejor, seguramente requeriríamos del orden del 5 a 6% del PIB para generar los empleos productivos deseados. Esto es, una cifra similar a la que nos parece meta deseable para el crecimiento del producto. Vamos a estar apretados. También cada año tendremos que atender entre 800 mil y un millón de personas que pierde el sistema educativo antes de que completen su educación primaria y a ese sistema educativo tendremos que inyectarle cerca del 8% del PIB para que contribuya de manera eficaz a la educación de los mexicanos, sin incluir en dicha cifra lo necesario para la recuperación de los rezagados. Y, además, tendremos que acostumbrarnos a pensar en la educación como algo continuo, permanente, de toda la vida, en tanto que la velocidad de los cambios en ciencia y tecnología están acelerando la tasa de obsolescencia y ello nos obligará a renovar nuestros conocimientos con mayor frecuencia. Así, tendremos que pensar en inversiones continuas adicionales en educación. Vamos a seguir estando apretados. Regresando a Lewis Carrol, parecería que hemos colocado a México en la posición de aquel curioso país que describe el conejo, en el que hay que correr tan rápido como se pueda tan sólo para quedarse en el mismo lugar y el doble de ello si se quiere ir a alguna parte.

Dentro de 25 años la población económicamente activa del país podría llegar a cerca de 55 o 60 millones de personas, la mitad de ellas mujeres, multiplicando por 10 el tamaño que tuvo un siglo antes, cuando menos el 5% eran mujeres. Y de la futura PEA, la del año 2025, cerca de dos terceras partes corresponderá a las actividades del sector terciario, el menos productivo por empleado en nuestro país por mucho, cifra similar al 70% de la PEA que un siglo antes correspondiera

al sector primario. En otras palabras, los empleos no se generarán donde antes se generaban y no donde son más productivos por empleado.

En México empieza apenas a difundirse la idea de que ha llegado una nueva era, la de la información, insumo fundamental de nuestro llamado mundo posindustrial. Esta idea se puso en boga en los países más ricos hace algunos años y nos llega algo tarde justo por deficiencias en nuestros canales de obtención de información. Un tren más que nos deja en la estación, como diría nuestra atrasada metáfora en esta era de los viajes ultrasónicos. Hoy día dichos países abandonaron ya esta imagen en favor de otra más completa y compleja, que atestigua la llegada de la era de los conocimientos o de las sociedades basadas en ellos. Se quiere poner con ello el acento en el papel cada vez más crucial que éstos juegan en las sociedades más avanzadas. Por supuesto que los conocimientos han sido siempre importantes para todas las sociedades pasadas. Pero en las últimas décadas la producción y uso de ellos en actividades productivas ha crecido con mayor rapidez que la de cualquier otro bien. En los países económicamente más ricos, los conocimientos en todas sus formas y a todos los niveles (país, empresa, individuos), juegan un papel estratégico crucial y de cada vez mayor importancia en todos los procesos económicos, desde la producción hasta la distribución, y lo mismo para competir en los mercados internos que en los externos. La evidencia más notable de ello la tenemos a través de la creciente importancia de la tecnología; esto es, de conocimientos aplicados con propósitos productivos, como factor clave para la sobrevivencia y la expansión. Las naciones y las empresas dotadas con mayor y mejor tecnología son más competitivas. La riqueza de las naciones no está en su dotación de recursos naturales, sino en la mente y capacidad de sus ciudadanos. Son las personas las que generan riqueza (por ello, si pudiésemos educarlos y hacerlos productivos, cuanto más mexicanos mejor; el problema no es nuestro número total, sino la velocidad con la que nos hacemos más). Hoy las ventajas competitivas no son ya naturales; se crean y se recrean tecnológicamente. Los individuos con mayores conocimientos y habilidades (más y mejor educados) tienen en general trabajos mejor remunerados. Evidencia internacional, la poca que empezamos a tener, pues en realidad las características de las llamadas economías basadas en conocimientos han sido aún muy poco exploradas, parece mostrar que productividad y crecimiento económico están determinados en gran medida por la tasa de progreso tecnológico y la acumulación de conocimientos. Esto es, por la educación y la creatividad. Las partes de la economía más intensivas en conocimientos son a menudo las que muestran un mayor crecimiento tanto en su producto como en el empleo. ¿Hacia dónde va México? Nuestro país no sólo invierte una cantidad raquítica en investigación y desarrollo tecnológico científico y tecnológico, sino que además tiene muchos otros impedimentos para que en él florezcan la ciencia y la tecnología, algunos de orden cultural (falta de importancia de algunos valores como la verdad, la aceptación de la crítica, la tolerancia activa, la propensión al riesgo, etcétera), y en algunos aspectos está "hecho bolas". En nuestro país es frecuente pensar que más vínculos entre instituciones de investigación y desarrollo o de educación superior y las empresas conducirán a una mayor tasa de innovación tecnológica. Evidencia internacional y nacional, aunque esta última

todavía incipiente, muestra que en prácticamente todos los ramos productivos (excepto algunos de punta, como informática o electrónica) en no más del 5% de los casos el origen de las innovaciones son dichas instituciones. La innovación tecnológica es una actividad básicamente intraindustrial. El desarrollo tecnológico es muy necesario, importantísimo en la aplicación de los conocimientos, y sin duda lo necesitaremos en mayor cantidad y calidad, pero es otro asunto y no conduce de manera directa e inmediata a la innovación tecnológica. Por si todo lo anterior no fuese suficiente, cerca de la mitad de la matrícula nacional de educación superior, y creciendo, corresponde a las áreas de ciencias sociales y administrativas y menos de la tercera parte, y disminuyendo, a las ingenierías y tecnologías.

La capacitación para el trabajo, o mejor, la calificación para la competencia laboral, es uno y sólo uno de los propósitos de la educación. Interpretada en este único sentido, la búsqueda de la pertinencia de la educación hacia el exterior está convirtiéndose, a mis ojos, en uno más de los riesgos que enfrenta el futuro de nuestro sistema educativo. Es frecuente escuchar hoy que dicho sistema está en falta porque no forma lo que demanda el mercado laboral. Pocos le reprochan, sin embargo, su casi nula contribución a que el mercado laboral camine hacia actividades con mayor valor agregado. En el extremo, si la economía mexicana se convirtiese en una economía básicamente de representantes comerciales, ¿debiera el sistema educativo formar sólo vendedores y perpetuar con ello la situación? El sistema educativo mexicano está orientado a producir buscadores de empleo, aun en su nivel superior. Dado lo descrito antes, ¿no sería más sensato para el futuro que se orientase a producir generadores de empleo? Mas allá de ello, en todo caso yo estaría por defender ciertas rigideces en el sistema educativo que impidiesen que éste se orientase exclusivamente a cumplir su papel en la dimensión productiva, en menoscabo de las dimensiones humana y social.

En otro orden de ideas, creo que la productividad no debiera analizarse sin definir antes el plazo que interesa. Como cualquier problema de optimización se requiere definir el intervalo de tiempo para el cual se desea maximizar la función objetivo. Si sólo nos preocupa la productividad en el corto plazo podemos caer, como estamos cayendo, en lo que Javier Jiménez Espirú describe como un futuro de México sin tecnología y sin ingeniería mexicanas, con las hipotecas y costos correspondientes. El desarrollo de la industria petrolera o de la ingeniería civil nacionales pagaron costos, ineficiencias, incurrieron en lo que hoy llamaríamos improductividades de corto plazo, con tal de permitir un desarrollo propio en el mediano y largo plazos. Comprar los bienes de capital, o los proyectos llave en mano requeridos por una rápida modernización e incrementos de productividad inmediatos sacrifica capacidad de desarrollo a mayores plazos. No sé cuál es o debe ser el balance más apropiado, cuándo optar por un desarrollo propio y cuándo por uno importado, pero me parece evidente que la mejor solución no puede ser todo uno o todo otro y estimo que con el modelo de los tres últimos lustros casi hemos conseguido desbaratar lo que antes nos tomó medio siglo articular.

Si en el futuro los valores económicos prevaleciesen por sobre otros y si la economía de mercado reinase como norma única de asignación de recursos, y si en paralelo reconocemos que la educación y los conocimientos, los saberes, tendrán creciente importancia, ¿cómo poner incentivos de mercado para que éstos florezcan? Hasta ahora el premio económico establecido por el mercado no parece reconocer en la práctica lo crucial de los conocimientos. Si bien es cierto que los salarios de los profesionales en México son superiores al promedio de los mexicanos, ello quiere decir muy poco. En 1990 los profesionales mejor pagados del país, los ingenieros químicos, percibían remuneraciones promedio inferiores a los dos mil pesos de entonces. Los peor pagados no llegaban siquiera en promedio a los mil pesos. Un recién egresado de ingeniería puede aspirar a ser contratado hoy, digamos por el Departamento del Distrito Federal, por entre dos y tres salarios mínimos. Compárense estas cifras con los casi 17 mil pesos de cuota anual cobrados por el ITESM en 1990-92 o los casi 10 mil cobrados por la Universidad Iberoamericana. Y si medimos la prioridad social real atribuida a las tareas educativas a través de los salarios pagados a los profesores, la brecha entre el discurso y los hechos no hace sino agravarse.

Los modelos económicos en boga son estructuralmente concentradores de la riqueza; lo son en todos los países, pero más aún en los menos desarrollados, donde las inequidades de partida son más profundas. Cuanto mayor éxito tengan dichos modelos, mayor la concentración de la riqueza y mayor la tensión social. Puesto en otras palabras, los modelos actuales descansan en la libre operación de los mercados y éstos no tienen conciencia social (aun si las empresas tienen alma). El cómo adecuarlos para paliar sus efectos negativos es ya motivo de preocupación, aun en los países más ricos. Luego de la anunciada muerte del Estado benefactor por insuficiencia financiera, el empleo (o éste y la educación si se quiere, aunque esta última con efectos indirectos y disminuidos) se ha quedado como uno de los pocos posibles instrumentos para la distribución de la riqueza. Pero en México, desde el inicio de nuestra ya larga crisis económica, los precios relativos del trabajo son los que se han quedado más rezagados. Aun con incrementos reales importantes, probablemente les tomará lustros apenas para recuperar sus niveles de 1981-82. El premio al riesgo tomado por el capital lo fija el propio capital, cuando el riesgo es en buena parte de los casos un riesgo en el papel, porque cuando ocurren pérdidas le toca al Estado (léase a todos los contribuyentes, incluidos los asalariados) asumir buena parte de las pérdidas (recuérdese la banca o las carreteras). Es cierto que una colaboración entre empleados e inversionistas conduce a un clima de mayor productividad. Pero el reparto actual de ganancias entre ambos no parece sostenible a largo plazo. Más allá de juicios de valor, razones económicas pragmáticas empiezan a exigir una recuperación del mercado interno nacional a través de la capacidad de compra. Y ello requiere mejores salarios. En otros países pedir la flexibilización del mercado de trabajo o una mayor movilidad laboral, manera elegante de decir que para mantener el empleo se puedan reducir los salarios, es factible en tanto que los ingresos de los empleados no están por debajo de la línea de subsistencia. En México significa simplemente llover sobre mojado. Lo que me queda claro es que



en el futuro seguiremos obligados por la realidad a discutir si primero crecemos y luego repartimos o a la inversa, tanto en el terreno económico como en el educativo.

Mi queridísimo Emilio Rosenblueth, maestro y guía a quien mucho extraño, en particular en ocasiones como ésta en la que necesito su luz, decía que a lo largo de la historia el hombre ha oscilado entre su deseo de libertad individual y su búsqueda de justicia social, y apuntaba que sería deseable que en el futuro consiguiésemos una fórmula de organización social que lograra el balance apropiado. Mientras ello llega, si algún día llega, porque ya hubo un optimista bien informado que apuntó que lo único que el hombre aprende de la historia es que no aprende nada de la historia, sólo nos queda seguir reflexionando y actuando para que el futuro nos alcance cada vez más lejos. Así, dentro de 25 años espero poder participar en un coloquio similar a éste, pero con el tema de "Educación, felicidad y ocio". Hasta entonces, gracias.

*Trabajo presentado en el Primer Coloquio Internacional Educación, Productividad y Empleo, Fondo de Intercambio Académico, World Trade Center, México, noviembre 10 y 11, 1997.  
Analítica Consultores SC, México.*